

delineando el espacio y las políticas públicas. No me queda más que recomendar ampliamente la lectura de *Pueblos de indios y tierras comunales. Villa Alta, Oaxaca: 1742-1856*, e invitar a su discusión.

Luis Juventino García Ruiz  
*El Colegio de Michoacán*

ADELINA ARREDONDO, *En la senda de la modernidad. Un siglo de educación en Chihuahua, 1767-1867*, México, El Colegio de Michoacán, 2011, 371 pp. ISBN 978-607-7764-74-8

Este libro, publicado en mayo de 2012 (no obstante su fecha de 2011), aborda el proceso de construcción de la política, las instituciones educativas y la vida cotidiana escolar en Chihuahua desde sus antecedentes en el marco de las reformas borbónicas en el último tercio del siglo XVIII hasta la Restauración de la República. El hilo conductor de la obra es la búsqueda de la modernidad educativa, desde su germen en 1767 hasta su consolidación a fines de 1867, cuando Benito Juárez confirmaba para el Distrito Federal y territorios los principios de gratuidad y obligatoriedad en la instrucción pública y decretó un programa de estudios moderno, centrado en el contenido científico y pragmático de la enseñanza. Todavía no aparecía en la legislación el término laico; sin embargo, desde 1861 se había suprimido la enseñanza de la religión en las escuelas y en su lugar se había instaurado una clase de moral.

La obra de Adelina Arredondo es novedosa y original desde varios puntos de vista; ciertamente, la periodización es uno de ellos. Es uno de las pocas investigaciones de historia regional que se ocupa de un largo periodo. A lo largo del trabajo, se va delineando el proceso que configura, desde sus raíces, el modelo educativo moderno, capaz de formar hombres industriosos y trabajadores con

el objetivo de llevar a la entidad hacia el progreso económico y el orden social. Sin embargo, desde mi punto de vista la mayor aportación es la manera en que Arredondo analiza y compara las innovaciones educativas que surgen en la capital de la República (centralista o federalista) y en el seno de la entidad, y aun en otras entidades. Los estudios regionales sobre historia de la educación suelen dejar fuera el importante abordaje entre las tres esferas de poder, el federal, el estatal y el municipal. ¿Qué ideas surgieron en la capital de la república? ¿Cuáles en Chihuahua? ¿Cuál fue la interrelación entre ambas? ¿Cómo se implementaron en los municipios? La obra de Arredondo entreteje esas esferas, explica las relaciones de poder que se implican en sus relaciones e inserta sus explicaciones en el mundo moderno más amplio, que se industrializa, urbaniza y expande.

Chihuahua, la Nueva Vizcaya, era un inmenso territorio, poco poblado y conformado por extensas haciendas y ranchos cuyos propietarios o arrendatarios producían con base en el trabajo asalariado. Por lo general, los medios de trabajo y los sistemas de cultivo llegaron a ser, en término medio, más adelantados que en el resto del país; a mediados del siglo XIX una buena proporción de los sembradíos tenía riego y sus propietarios procuraban los adelantos técnicos de Estados Unidos y Europa. Por otra parte, también se explotaban minerales, sobre todo oro, plata y cobre.

La obra está dividida en tres partes y éstas, a su vez, en varios capítulos. El primer volumen contiene la primera parte en la cual se abordan las ideas y la política educativa, y la segunda parte, que se ocupa de las escuelas de primeras letras en la ciudad de Chihuahua. El volumen II integra la escuela de niñas, las escuelas particulares y las escuelas de los pueblos. La tercera trata sobre el Instituto Literario, la educación superior desde la independencia hasta las reformas liberales de 1867.

El contenido de la primera parte empieza con las reformas del despotismo ilustrado de Carlos III, cuyos principios de “la buena filosofía moderna” pretendían difundir un nuevo concepto de

hombre que debía adquirir su capacidad de razonar y transformar al mundo para su beneficio y solaz. Este proceso de “razonamiento” implicaba hasta cierto punto el cuestionamiento de la memoria como método de aprendizaje y se sembraban las primeras semillas para entender el mundo desde el punto de vista científico y no religioso. La Ilustración no estaba divorciada de la religión pero la subordinaba al objetivo de conseguir la felicidad en este mundo (y no esperarla en el siguiente). El objetivo de la Ilustración era llevar la escuela a todos los confines del territorio mediante la creación de planteles públicos, gratuitos y obligatorios. La educación estaría a cargo del Estado pero sería administrada por los pueblos. Estas reformas liberales pretendían dar autonomía y poder de decisión a los notables de las localidades, quienes representaban a los vecinos. La autora deja claro en su estudio que, pese a las reiteradas afirmaciones de atraso y oscuridad surgidas durante y después de la independencia, en las postrimerías de la colonia surgieron las ideas de la instrucción moderna que habrían de desarrollarse en la época de Benito Juárez y sobre todo durante el porfiriato.

El poder ejecutivo y legislativo del primer gobierno de la nueva entidad federativa reiteró en 1825 su preocupación por promover la educación pública. La nueva república debía instruir a sus habitantes acerca de sus derechos y obligaciones, para lo cual resultaba imprescindible enseñarles a leer. Como fue común en el poder central y en las entidades federativas, en Chihuahua se creyó en el poder transformador de la escuela; la instrucción sería capaz por sí misma de moldear a un nuevo ciudadano republicano que llevara al Estado hacia las lides del progreso y la modernización. Las nuevas leyes hacían responsables a los ayuntamientos de la creación de nuevos planteles en pueblos, haciendas y rancherías, y además los mantendrían con fondos propios. Para tener derecho a elegir y ser elegido se requería saber leer y escribir y años más tarde se exigiría además ser propietario de un bien

inmueble. Empezaba la larga y sinuosa cruzada de un ejercicio público municipal sumido en la pobreza (no era suficiente la cantidad recaudada mediante los distintos propios y arbitrios) y en el analfabetismo, ejercicio que duraría prácticamente un siglo, agravado por las guerras nacionales y contra el extranjero, hasta la “centralización”, “federalización”, “nacionalización” de la educación en la década de los noventa, cuando los gobiernos federal y estatales tomaron en sus manos el control económico e ideológico de la educación. Chihuahua se “adelantó” al resto del país y “centralizó” la educación en 1861 con la consiguiente pérdida de poder de los ayuntamientos, quienes no tardaron en lamentarse pues, en efecto, perdían no sólo el dominio de sus recursos (que de todos modos eran exigüos) sino del funcionamiento educativo en general. Cuando se llevó a cabo este proceso en el resto de las entidades surgieron igualmente grandes inconformidades en el seno del poder local; sin duda, esta medida les restaba una tradicional autonomía pero, dada la disparidad entre unos municipios y otros, la educación marchaba en forma irregular. Desde mi punto de vista ésta fue la menos mala de las decisiones. Paradójicamente, la uniformidad decretada por los gobiernos liberales fue buscada por los gobiernos centralistas que deseaban definir políticas desde la capital dejando su ejecución en manos de las autoridades locales.

Este arduo y complejo proceso puede entenderse a cabalidad en el libro de Arredondo. Considero que esta original aportación no sólo se debe a la pluralidad de fuentes sino a la madurez y la experiencia en el tema que ha acumulado la autora al pasar de los años. En la obra se pueden apreciar los vaivenes administrativos entre el poder estatal, distrital y municipal, los intentos de centralización, los alientos reformadores, la adecuación de las políticas y los presupuestos estatales ante la escasez de las arcas municipales, el funcionamiento de las escuelas particulares, surgidas con el decaimiento económico de las públicas (éstas no eran religiosas

como en la mayoría de los estados), de amigas, la inserción de las niñas en el sistema escolar, el aterrizaje de los ideales en una tierra incomunicada, poco poblada y dispersa, de baja densidad, en la cual sólo 10% sabían leer (cifra aproximada; en esa época primero se enseñaba a leer y luego a escribir, por ello la mayoría sólo leía), y según los censos aumentó a 30% al tiempo de la República Restaurada.

El contexto histórico general del país y en particular de Chihuahua va delineando el rostro de toda la obra. Además de las guerras nacionales de independencia, contra los estadounidenses y luego contra los franceses, el mismo territorio de Chihuahua se encontraba abatido continuamente por las invasiones de los apaches y comanches que asolaron el territorio de 1830 a 1880. A todo ello se sumaba la contracción de los capitales europeos y estadounidenses que habían comenzado a fluir al cobijo del gobierno independiente, a la escasez interna de recursos, a la imposibilidad de enviar recursos humanos y económicos al gobierno federal, cada vez más sediento de ellos; a las plagas y epidemias, a la apropiación de tierras que habían sido del dominio indígena. El tesoro público cayó a la mitad de lo que había recaudado en los primeros años de vida independiente. Con este panorama, ¿era posible que la instrucción pública tuviera los avances modernizadores que anhelaban las autoridades?

Para subsanar las tradicionales carencias, tanto el gobierno colonial como el independiente acudieron a los vecinos para que aportaran dinero con el objeto de fundar y mantener las escuelas. Esta práctica siguió durante todo el siglo XIX no sólo en Chihuahua sino también en varias entidades del país. Si los vecinos acusaban pobreza entonces cooperaban con su trabajo para la edificación del plantel escolar. Mediante el estudio de Arredondo queda claro que los frutos de la educación moderna se debieron al esfuerzo conjunto de autoridades estatales y municipales, de los padres de familia y de los maestros y, desde luego, de los niños

y las niñas. El mejor fruto de esta labor conjunta fue la creación de la escuela principal, después llamada lancasteriana y luego “Nueva”, en la ciudad de Chihuahua, una institución modelo que sirvió de ejemplo para el resto de la entidad. Por su importancia y su espectro de influencia, la autora destina prácticamente la segunda parte a explorar al dedillo los avatares de su creación, sus cuotas, sus maestros, sus métodos, sus elencos de materias. Desde los años de la Ilustración los niños se clasificaban en limpios y sucios y no en ricos y pobres; ello indicaba no sólo que la higiene empezaba a cobrar una importancia que no tenía hasta entonces, sino que se pretendía otorgar los beneficios de la educación a quienes antes no la tenían. Arredondo rastrea algunos casos de hijos de indígenas que en virtud de su preparación escolar se convirtieron en maestros o alcaldes, en escribientes o empleados de confianza. Es importante aclarar que las diferencias sociales derivadas de cuestiones raciales estaban más diluidas en el norte que en el centro y el sureste del país, en el cual la integración de la población indígena a la “civilización” se convirtió en uno de los principales retos que empezó a tener una solución más concreta después de los Congresos de Instrucción de 1889-1891. (Los porcentajes definían la dimensión de la problemática: mientras que en el centro y sureste la población indígena era de 80%, en el norte era de 10%). En la región norteña la notable diferencia se daba entre la gente de razón y los indios bárbaros; entre los que habían adoptado la forma de vivir criolla y las tribus nómadas que se negaban a asimilarse culturalmente.

La lista de la ocupación de los padres de familia de la Escuela Principal arroja luz acerca de la composición social de las personas que habitaban en la ciudad, y pese a que ciertamente existían escuelas particulares destinadas a las gentes de recursos, quienes también solían emplear a institutrices para que instruyeran a sus hijos, la escuela principal albergaba en su seno a los hijos del mosaico plural que habitaba Chihuahua: profesionales, comer-

cientes, mineros, soldados, zapateros y sirvientes, entre otros. Como en el resto del país, la materia más importante del elenco de materias era la religión, seguida por la lectura, escritura, aritmética, ortografía, dibujo y urbanidad, después enriquecido con el catecismo político, la geografía, gramática, dibujo, historia, urbanidad, música y gimnasia. Además de enseñar los valores religiosos en la nueva escuela “en vías de modernización”, se inculcaba el ejercicio de los derechos individuales y la obligación para con la patria.

Sin duda, la escuela principal fue importante semillero de ciudadanos alfabetizados que luego formaron a las futuras generaciones, ya que en su seno se formaban también los futuros maestros.

Gracias a los mapas y a los cuadros estadísticos, el lector puede entender de una manera más completa el panorama educativo de Chihuahua. La autora aporta datos cuantitativos acerca del número de escuelas y alumnos y su asistencia a las aproximadamente 85 escuelas establecidas en los 12 partidos que conformaban el territorio de la entidad y, más importante, elabora porcentajes siempre difíciles de calcular como la proporción de los niños en edad escolar, porcentaje clave para conocer la respuesta de la población a la instrucción pública. En el capítulo “Las escuelas de los pueblos” del partido de Chihuahua, la autora analiza pormenorizadamente algunos planteles ubicados en las pequeñas poblaciones nacidas de las antiguas misiones, incluso en las haciendas, tema hasta ahora poco explorado en la historia de la educación. Sin embargo, concluye que los distintos gobiernos estatales prestaron poca atención a la educación de los indígenas, quizás en parte por las constantes invasiones de los indios y las guerras civiles.

Además de ser un estudio que abarca un periodo largo, la autora profundiza en extensos temas pues, tomando como eje el caso de Chihuahua, no sólo se refiere a la escuela principal, que cuenta con los mayores recursos y norma a todas las demás, sino que

también explica los contrastes con la escuela subalterna (la de los más pobres), la escuela de niñas, las escuelas particulares y las escuelas de los pueblos de los alrededores, que podríamos caracterizar ahora como escuelas rurales. Se ocupa no sólo de la historia institucional, sino del financiamiento, del currículum, libros de texto, de los espacios físicos, edificios, mobiliario, medios de enseñanza, exámenes, sino también de los directivos y maestros, a quienes nos presenta como sujetos con sus propias historias, a los alumnos y a otros actores que intervienen en la educación pública. También analiza algunas formas de educación no formal que estaban contribuyendo a formar la ciudadanía del México moderno, como la propia ciudad, su urbanización, las fiestas populares o las celebraciones patrias.

El proceso de construcción y consolidación del Instituto Literario ocupa dos terceras partes del tomo II. Chihuahua compartió con otras entidades la prioridad educativa de la instrucción superior, quizás porque, en general, los institutos literarios conferían brillo y prestigio a las autoridades estatales. La autora reconstruye las dificultades con las cuales tropezó el Instituto Literario; expone cómo la institución se va moldeando o resistiendo a los sucesivos cambios políticos. Asimismo, se pueden apreciar las lentas transformaciones en los planes de estudio, en la planta directiva y en la de maestros. Se ve por medio de esas transformaciones un lento proceso de secularización de la educación, así como también la manera en que en esta institución se forman las élites que dirigirán la vida política, económica y cultural de la entidad. La autora da voz a los múltiples actores sociales que intervinieron en aras de mejorarla; también da cuenta de cómo las voces de los actores sociales se vieron limitadas frente a los múltiples problemas políticos, sociales y económicos.

En este trabajo, profusamente documentado, se explica la educación en una región, relacionándola con el ámbito geográfico más amplio, incluso en el plano mundial, pero también

con los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales. Es sorprendente verificar que para recrear el contexto, Adelina Arredondo tuvo que consultar fuentes originales de archivos y periódicos sobre población, producción agrícola, población, salud, finanzas públicas, guerra, entre otros, a falta de fuentes secundarias. Las fuentes para su análisis abarcan siete diferentes archivos, miles de expedientes, numerosos periódicos, cartas, cuadernos manuscritos y una bibliografía muy extensa. Por medio de este libro se comprenden mejor no sólo los propios procesos educativos, sino también la historia de Chihuahua y de México, como nación que va construyéndose a partir de lo que acontece en las regiones.

Mílada Bazant

*El Colegio Mexiquense*

MARÍA EUGENIA VÁZQUEZ SEMADENI, *La formación de una cultura política republicana. El debate público sobre la masonería. México, 1821-1830*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de Michoacán, 2010, 270 pp. ISBN 9786070216947

La presente obra muestra los resultados de una profunda revisión de la tesis doctoral de Vázquez (El Colegio de Michoacán, 2008). La autora asegura que esta investigación no es una historia de la masonería o de la masonería mexicana y, subraya, ni siquiera de la actuación política de las logias de la época estudiada. Manifiesta que la dificultad para documentar las prácticas de estas agrupaciones secretas representa una de las problemáticas que encara la labor histórica (p. 17). De manera que concentra esta obra únicamente en la discusión pública relacionada con tales sociedades